



APARTADO 628
CARACAS

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 23 - No. 230
DICIEMBRE 1960

Noviembre, 1960, ha quedado marcado para la historia de Venezuela por el pánico que han provocado el conato de desvalorizar el bolívar, la imposición del control de cambios y la dimisión del Ministro Mayobre.

No vamos a hacer aquí el análisis de la situación económica. Nuestros lectores tendrán ocasión de comprobar —en este mismo número de SIC en un denso artículo —síntesis del economista P. Manuel Pernaut, S. J.— que el pánico, aunque obedece a causas ciertamente graves, es exagerado y sólo se explica por nuestro largo antecedente de situación económica de privilegio. Pernaut ha dicho en "El Universal": "El análisis de nuestra balanza de cambios hace ver cómo la corriente normal de ingresos de divisas es más que suficiente para satisfacer todas las necesidades de la economía, aun habida cuenta del proceso de industrialización que vive el país. Únicamente se trata de contener el egreso anormal de dólares, de impedir la fuga puramente especulativa o miedosa de capitales". Se han aducido cifras comparativas contundentes. Nosotros tenemos aún una reserva internacional superior a los 500.000.000 de dólares. Chile no alcanza a los 18.000.000. En todo un quinquenio Ecuador sólo ha tenido un ingreso de 584.000.000 de dólares. Chile, en 1959, 388.000.000 de dólares. Ese mismo año Venezuela alcanzó a los 2.167.000.000 de dólares. Nuestras entradas fiscales han hecho posible un presupuesto oficial dos veces mayor que el de España, tres veces superior al de Colombia y Chile, siete veces superior al del Ecuador.

Sería pues exagerado calificar de caótica nuestra situación económica; y a todos nos cabe el deber patriótico de sembrar espíritu de confianza y serenidad. El molesto sistema de emergencia que se ha adoptado: el control limitado de cambios ha sido calificado, aunque no unánimemente, por los técnicos de remedio eficaz. Sin embargo en el gran público hay una profunda desconfianza; no por la ineficacia del remedio, sino por las dudas de su recta aplicación, por el temor de los favoritismos, torpezas e irregularidades, que pueden provocar los influjos políticos y económicos. Y es que nuestra depresión económica —que resulta un misterio para los economistas extranjeros— mucho más que crisis económica es una crisis de responsabilidad.

"TODOS EN EL PUSIMOS NUESTRAS MANOS..."

Es una vieja herencia hispánica echar la culpa de todos los males al Gobierno. En ésta y otras crisis —la universitaria y la política, por ejemplo— tiene su parte de grave responsabilidad el Gobierno, pero muy compartida con las fuerzas vivas de la nación: los partidos políticos, los sectores colegiados de la iniciativa privada, las organizaciones laborales y los propios ciudadanos individualmente considerados.

Hay crisis de responsabilidad en el Gobierno, que en último análisis es crisis de autoridad. Confundir lenidad con democracia es un error radical. Precisamente la democracia, que es uso ordenado de la libertad, ha de basarse en la responsabilidad conjunta de gobernantes y gobernados.

Estimamos que ha faltado entereza en el Gobierno para poner en práctica medidas hace tiempo propuestas por el Dr. Mayobre, muy poco propicias a la demagogia, pero evidentemente eficaces. Dejemos constancia de este hecho, como un acto de justicia con el ilustre dimisionario. Muy lejos de nosotros hacer leña del árbol caído. A los que han postergado la economía en aras de la política es hora de recordarles aquí un epifonema del artículo-síntesis de Pernaut ... "navegamos en un raudo remolino cada vez más concéntrico: la economía puede devorar a la política..."

Ha faltado firmeza en el gobierno ante las altanerías de los partidos políticos de izquierda —ante las presiones egoístas de poderosas fuerzas económicas — ante ciertos reclamos de las organizaciones sindicales — ante las maniobras de los acaparadores, los agiotistas y los parásitos. Y, en con-

¿Crisis Económica
o Crisis de
Responsabilidad?

traste, ha faltado en el Gobierno la pedagogía de la confianza con la iniciativa privada. ¿Por qué, en la cruzada nacional de la vivienda y otras empresas ha de ser el Estado el único realizador?

Presupuesto esencial para la prosperidad económica es el orden público. Parece que tuviéramos empeño reflejo en demostrar que nuestra democracia es incapaz de garantizar el orden público. Aumenta pavorosamente la criminalidad, la violencia y la agresión a la propiedad privada. Y recientes sucesos patentizan que cuando se quiere imponer el orden se cae en la torpeza de abusar de la fuerza partidarista y sectaria. Cuando la prensa informa que en París fueron inmediatamente encarcelados los que se permitieron silvar al Presidente De Gaulle en el momento en que depositaba una corona en el monumento al soldado desconocido; cuando en Chile, y en este mismo mes de Noviembre, se ha sancionado con seis meses de confinamiento al Secretario General del Partido Socialista por haber inferido injurias en un discurso al Presidente de la República y a pesar de estar en campaña electoral, cómo juzgar una democracia que permite pasear repetidamente por las calles a grupos de estudiantes y zagaletones que piden a compás Paredón para el Presidente de la República, denigrándolo con las expresiones más soeces? No vamos a descargar de responsabilidades al Gobierno. No podrá haber economía sana, sin una base de orden público.

Pero junto a él hemos de colocar en primer término a ciertos partidos políticos. Unos, porque desde el poder han hecho gala de un sectarismo partidista, especialmente irritante en el Interior de la República, donde se han repetido los casos de negar créditos o trabajo a campesinos u obreros, que no portaran el carnet del partido. Otros, porque se han dedicado al doble juego —que el pueblo ha satirizado con irónicos calificativos— de actuar en el Gobierno y atacarlo en alianza con la oposición. Otros, porque desde una oposición sistemática y destructiva han sembrado la desconfianza en el Gobierno y la inquietud social hasta llegar a la evidente incitación a la rebelión. Es irritante que los autores de ese crimen diserten en la prensa, sabiamente, de la depresión económica. ¿No son ellos los que la han provocado? No son ellos los que han enseñado al hombre sencillo de los barrios a escribir en las paredes con tinta roja: Viva la revolución popular? ¿Puede haber prosperidad económica sin paz social?

No están exentos de grave responsabilidad ciertos poderosos sectores económicos, cuyas lágrimas tienen hoy sabor dulzarrón de hipocresía. Cerca de mil millones de dólares han salido de Venezuela al Extranjero. ¿Nos pueden decir a quién corresponde la mayor responsabilidad de esta evasión? ¿Podría publicarse, como en España, sin escándalo un catálogo de los principales autores de la evasión? La riqueza milagrosa del petróleo, los fabulosos negocios que propició la mentira económica de la dictadura, el frenesí de las urbanizaciones, los monopolios y favoritismos de la camarilla pretoriana, enfermaron al capital y a los capitalistas venezolanos, y muchos de sus representantes viven añorando tiempos pasados de prosperidad ficticia. ¿Estarían dispuestos al menor sacrificio?

Las organizaciones obreras dieron, en el advenimiento del nuevo régimen una lección de moderación y mesura al aceptar una tregua, cuya comprensión resultaba de difícil asimilación para la gran masa. Pero el mundo obrero ha gozado también de una especial protección y simpatía del nuevo régimen. Y no siempre ha correspondido a esa situación casi de preferencia. Es voz común que el rendimiento en el trabajo ha disminuído en forma alarmante. En el caso concreto de una oficina de Sanidad, considerada como modelo, se nos afirmó que mientras el salario se había duplicado, el rendimiento en el trabajo había descendido en 50 por ciento. Es decir que el costo de una misma labor se había cuadruplicado. Si este hecho se ha multiplicado, con igual o parecida gravedad, en otras empresas, habría de concluirse que la contribución de las masas trabajadoras a la depresión económica ha sido poderosa. Se ha olvidado que el sindicato no es un instrumento de agitación, como quieren los comunistas, ni siquiera un mero organismo de reclamos laborales, sino una institución para la promoción del proletariado, para su elevación en el orden económico, social y moral.

No busquemos la raíz de la depresión económica, al menos exclusivamente, en la incapacidad o testarudez de determinados gobernantes. Un poco, las responsabilidades están diluidas en todos los sectores de la comunidad.

Menos política partidista, menos monopolio y mayor austeridad administrativa en el Gobierno; menos demagogia y ambición en los partidos políticos; menos egoísmo y mayor amplitud de miras sociales en los organismos capitalistas y laborales... y todos habremos colaborado a sanar las dolencias económicas de Venezuela, destinada por su riqueza minera a ser un ejemplo singular de paraíso económico.

M. A. E.